

MARI JUNGSTEDT

EL ÚLTIMO ACTO

Traducción:

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ REDONDO
y ALICIA PUERTA QUINTA



MAEVA | NOIR

A Maria S y a Hindi Z

«¡Tirano amor, cuán vivo y fresco eres!
Pues aunque todo cabe en tu ancho seno, como
en el mar, en él nunca entra nada, por esforzado y
válido que sea, que en precio y en valor no pierda
al punto: tan lleno está el amor de fantasía, que él
solo de fantástico se precia.»

Noche de Reyes, William Shakespeare
(Traducción al español de Jaime Clark)

SUECIA



GOTLAND



La oscuridad había descendido sobre las ruinas del monasterio medieval, en el campo de Gotland. Era una noche calurosa y tranquila de final de verano. A lo lejos se oía el graznido de los cuervos. El público, impaciente, aguardaba en silencio absoluto. Un resplandor de color azul iluminó los arcos enormes de piedra caliza. Las sombras danzaban en dirección a los muros. *Macbeth*, la tragedia de Shakespeare, llegaba a su fin. Poco a poco desaparecían del suelo del escenario las hileras de humo blanco que flotaban entre los setos y los olmos robustos.

De pronto surgió una figura esbelta de la cortina de humo. Ella estaba en medio de la tercera fila, él se colocó justo enfrente. Su presencia la dejó sin aliento. Allí estaba, solo, con su abrigo de cuero negro y vestimenta propia de la Edad Media aunque, al mismo tiempo, con un toque futurista un tanto peculiar. Tenía la espalda firme y recta. Llevaba los ojos pintados de negro y las manos manchadas de sangre. Las alzó hacia el cielo y miró a lo lejos. Los labios se movían, pero, a pesar de oír la voz cálida y profunda, ella no entendía ni una palabra. Los versos de Shakespeare le pasaron inadvertidos. La gente de alrededor desapareció, adentrándose en la oscuridad. Su marido, que estaba a tan solo unos centímetros de ella, en el asiento de

al lado, se alejó y se fundió con los muros macizos. A ella le resultaba tan inerte e insignificante como aquella rígida piedra caliza.

En las tres horas que duró la función no la miró ni una sola vez. Sin embargo, su embrujo misterioso llegó a colarse en los ojos de ella y fue deslizándose por la sangre que le fluía por las venas. Lo último que recordaba de él la hizo temblar. Aquellos ojos se clavaron con una mirada profunda justo antes de que se atreviera a penetrarla con fuerza. Notó el calor de los labios y su lengua en la boca. Al sentarse entre la multitud pudo sentir cómo él se retorció dentro de ella.

A partir de entonces supo que siempre añoraría aquello.

El salón-comedor del hotel Tott, un complejo elegante situado junto al mar, cerca de la parte norte de la muralla de Visby, estaba abarrotado en plenas jornadas de Almedal, un evento popular que se celebra en Gotland a principios de julio y al que acuden todo tipo de personalidades políticas, así como periodistas, grupos de presión, relaciones públicas, redactores y representantes de diferentes organizaciones profesionales. Las jornadas se habían vuelto aún más conocidas durante los últimos años y se llegó a batir el récord con catorce mil visitantes y con casi quinientos seminarios y eventos durante toda la semana. Novecientos periodistas oficiales cubrirían unas jornadas de afluencia masiva.

Erika Malm, periodista y redactora del periódico más importante del país, se abrió paso entre la muchedumbre que se apelotonaba junto al bufé de desayuno de aquel salón bullicioso y trató de buscar una mesa libre. Era una mujer atractiva, de unos cuarenta y pocos, aunque los de su entorno admitían con toda seguridad que no aparentaba más de treinta y cinco. Era delgada, y además tenía un físico exuberante que no pretendía ocultar con el vestido ceñido que llevaba puesto. Era consciente de que su atractivo podía levantar ampollas entre las compañeras. Sabía que tener una buena preparación y ser una periodista

trabajadora, competente y seria, y a la vez saberle sacar partido a su sensualidad, eran cualidades que no le favorecían a la hora de encajar en la tierra prometida de las etiquetas.

Para no levantar sospechas, llevaba el portátil y una carpeta debajo del brazo. Además, había entrado en el salón unos minutos antes que su joven amante. Había que parecer profesional, como si hubiera quedado para desayunar como de costumbre con cualquier otro periodista. El amante se había puesto las gafas y llevaba un cuaderno nada discreto en la mano. Ya se había acostumbrado a hacer de reportero cuando estaban juntos en público, por si se topaban con algún conocido o por si a la gente le daba por hacer preguntas. La cara de Erika era bastante conocida en todas las cabeceras de los artículos de periódicos, y, además, aparecía constantemente en televisión, por lo que tenía que contar con ese riesgo cada vez que se mostraba en público.

Finalmente encontró fuera una mesa libre algo alejada, junto a la piscina. Un lugar relativamente tranquilo y con unas vistas espectaculares al mar. Perfecto, pensó satisfecha, mientras dejaba el portátil y los papeles en la mesa. Su acompañante llegó justo después. Se saludaron con un beso en la mejilla, por si las moscas, como si se acabaran de conocer. Erika no podía quitarse de la cabeza los momentos íntimos que habían vivido de noche y de día, y el roce de sus labios hizo que se le sonrojaran las mejillas.

Mientras se decidían a servirse algo de comer, ella lo observaba de reojo. Él, como siempre, atiborró el plato con todo lo que pudo. Se echó salmón, arenque, queso, tomates, huevos revueltos, tocino, tortitas, mermelada, caviar e incluso compota de crema de caviar, que resultaba poco apetecible a la vista. Y para rematar, un cruasán. Ella sonrió para sus adentros. Parecía un niño. Era joven, acababa de cumplir los treinta; ella le sacaba más de diez años. Además, parecía aún más joven por la tez suave de su rostro tan bien conservado.

Erika Malm estaba casada y tenía tres hijos. Su matrimonio era un infierno y a veces sentía la necesidad de escapar lejos. Estaba harta de discutir continuamente con su marido, pero al

mismo tiempo lo quería. Deseaba disfrutar de una vida sexual más emocionante, e iba a por ello en cuanto se le presentaba la ocasión. Se encontraba más que satisfecha con su amante actual y estaba dispuesta a seguir con aquello durante un tiempo. Nunca la decepcionaba. La relación funcionaba a la perfección, ya que él de momento tampoco tenía otras intenciones más allá del sexo. Así que mientras ambos tuvieran ganas y quisieran, no habría nada que se lo impidiera. Erika siempre reservaba buenas habitaciones de hotel, lo invitaba a almorzar y a tomar champán, cosa que él disfrutaba tanto como ella. Desde luego, era recíproco.

Después de llenarse el plato se dirigió rápido a la mesa, con decisión. Saludaba a los que conocía haciendo un gesto con la cabeza. No le apetecía pararse a hablar con ellos para no arriesgarse a tener que dar explicaciones sobre quién era aquel joven que la acompañaba.

Los dos se acercaron a la mesa a la vez. Se le vino una imagen fugaz de lo que habían estado haciendo hacía un momento. Dejó el plato y observó en ese mismo instante que le faltaban el cuchillo y el tenedor. Levantó las manos con un gesto repentino.

—Ostras, se me han olvidado los cubiertos. Vuelvo enseguida —murmuró—. ¿Necesitas que te traiga algo más?

Él levantó la vista y la miró con expresión neutra.

—No, gracias, no hace falta.

Erika se colocó bien la falda ceñida justo antes de darse la vuelta y desaparecer por el comedor del hotel.

Cuando alcanzó los cubiertos, Erika echó un vistazo a la piña recién cortada y al resto de frutas tropicales que había en el bufé y, con mucho cuidado, procuró llenarse el cuenco. En ese momento, se cruzó con un periodista de la radio al cual conocía y con el que había charlado un par de veces. De camino a la mesa le sonó el teléfono y se detuvo para sacar el móvil del bolso que le colgaba del hombro.

Probablemente era Ola. No quería sospechar de su marido sin ningún motivo, pero no conocía el número que aparecía en la pantalla. Sonó la vocecita de una muchacha que fue incapaz de reconocer. Parecía estresada.

—¿Erika Malm? ¿Habitación 1722?

—Sí, soy yo.

—La llamamos de recepción. Siento molestarle en mitad del desayuno, pero tenemos que pedirle que venga a la suite cuanto antes. Al parecer, los de mantenimiento han encontrado una fuga de agua bastante grave. Si quiere, podemos ayudarle a desalojar sus pertenencias, pero no podemos abrir la caja fuerte sin usted.

—¿Cómo dice? ¿Una fuga? ¿Y eso?

—Me temo que no disponemos de más información. Es urgente, así que le pido que vaya allí lo más rápido posible.

La recepcionista colgó. Erika se puso de los nervios. Tendría que ir a avisarle, ya que sus cosas también se encontraban en la habitación. Corrió a toda prisa, pero al llegar a la mesa ya no estaba. Miró alrededor: ni rastro. Quizá habría ido al baño. Pero haber dejado ahí el portátil... Menudo palurdo. No quiso darle más vueltas y, después de recogerlo todo, salió del comedor y, a duras penas a causa de los tacones, subió a toda pastilla las escaleras que llevaban a la planta donde se alojaba.

Cuando llegó al pasillo que daba a la suite no vio a nadie. La alfombra gruesa, de un color chillón, insonorizaba todo ruido. Avanzó y dejó atrás la hilera de puertas discretas y grises que, desde luego, no invitaban a entrar. Llegó a la suya. Deberían estar dentro los de mantenimiento, aunque no se oía nada.

Abrió la puerta con la tarjeta y entró en el recibidor de la suite. Había una escalera empinada que daba al piso de arriba. Erika alzó la vista e intentó escuchar. Parecía que hubiese un grifo abierto por el que corría el agua.

¿Por qué razón no había nadie? Si el hotel avisaba de que había un problema de fuga, ¿cómo era que nadie subía a solucionarlo? Entonces se giró y miró hacia la puerta de la habitación, que volvió a cerrarse con un torpe clic. Quizá habían ido a buscar las herramientas. Aun así, tenía dudas. Algo pasaba con aquel silencio inquietante y la fuga de agua aislada.

Despacio, empezó a subir las escaleras sin dejar de levantar la vista. Algo no cuadraba. De pronto le pareció oír un chirrido que venía de la planta de arriba y se estremeció. Se acordó del debate sobre xenofobia del día anterior, en el que participó y en el que se presentaron varios integrantes de grupos de extrema derecha que llegaron a comportarse de forma agresiva y a insultarla a gritos.

—¿Hola? —preguntó en voz alta—. ¿Hay alguien ahí?

Se detuvo en el escalón y esperó una respuesta. La puerta del baño estaba cerrada; el ruido provenía de allí. Permaneció quieta en la escalera mientras examinaba con atención la suite. Primero el salón, con la televisión de plasma enorme, el equipo de música de diseño exclusivo, el sofá blanco de tres plazas y el sillón

de piel de cordero junto a la mesita de hormigón. Las copas de champán de la noche anterior y la botella vacía estaban boca abajo en la cubitera del hielo. El sofá estaba un poco torcido, y se acordó de por qué.

Continuó echando un vistazo a la cocina y al fregadero, donde seguían los platos de la cena. La mesa estaba rodeada de seis sillas de lujo y encima colgaba una lámpara de cristal en forma de tubo. La puerta de la terraza estaba cerrada; ella recordaba haberla dejado abierta antes de irse. Siempre lo hacía, ya que le encantaba el olor a aire fresco de la habitación cuando volvía del desayuno.

¿La habría cerrado él? Difícilmente. Se quedó mirando el pomo de la puerta cerrada. Era evidente que había sido la persona que encontró la fuga quien la habría cerrado. Pensar en eso la calmó, ya bastaba de hacer el tonto. En cualquier momento se abriría la puerta de abajo y entraría el fontanero anunciando en voz alta que ya había llegado. ¿Y lo de sacar mis cosas?, pensó inmediatamente después. Si ni siquiera el suelo estaba mojado. ¿Cómo sabía la recepcionista que estaba desayunando? ¿Acaso la había visto mientras hablaban por teléfono?

Erika notó que le sudaban las axilas, por lo que tendría que cambiarse de ropa. El maldito ruido del baño la ponía de los nervios. Entonces, vio que el agua empezaba a filtrarse por debajo de la puerta cerrada. Menuda locura. La irritación se apoderó de ella y la dejó totalmente paralizada

—¿Quién anda ahí? —preguntó, enfurecida—. ¿Qué narices pasa?

Ni siquiera se atrevió a dar un paso adelante, prefirió quedarse agarrada a la barandilla. No pudo evitar que le temblara la voz al final. Al parecer, no era tan valiente.

La puerta del dormitorio estaba abierta y dejaba entrever una parte de la ventana. De repente la cortina se desplomó y ella se quedó inmóvil, aterrorizada. Al cabo de unos instantes confirmó sus sospechas al descubrir una sombra oscura que se reflejaba a contraluz en el suelo del dormitorio.

Sin duda, había alguien allí.

En la esquina de la calle Donnersgata con la calle Tage Cervins, justo al lado del oasis del recinto de Almedal, se encontraba la carpa del periódico *Kvällsbladet*, situada entre las otras que estaban dispuestas en fila por todas las calles que rodeaban la plaza Donners. La carpa estaba pintada de un amarillo chillón y llamaba mucho la atención, al igual que los carteles enormes con los últimos titulares. Fuera había un escenario con unas veinte sillas y dentro, en una mesa grande, estaban sentados algunos de los cargos más destacados del periódico. Se dedicaban a escribir en sus blogs y en Twitter o a hablar con algún interesado o curioso que pasara por allí para charlar sobre temas de actualidad, el programa previsto para el resto de las jornadas, la barbacoa que habían hecho los invitados o cualquier otro tema reciente en torno al *Kvällsbladet*.

Una de las dos redactoras, Bodil Jonsson, echó un vistazo a su reloj de pulsera. Eran las tres y cuarto de la tarde. Marcó en el móvil el número de Erika por décima vez. ¿Dónde diablos se habría metido? ¿Y por qué no contestaba? Tendría que haber estado allí desde hacía un buen rato, pero no se había presentado. Y eso no era propio de ella, puesto que no solía llegar tarde y avisaba siempre que le surgía algo y tenía que marcharse. Bodil empezaba a preocuparse.

La gente se apelotonaba alrededor de la carpa. Sin duda, el interés por el periódico se había multiplicado después del turbio escándalo del día anterior que había provocado un grupo de racistas en pleno debate sobre xenofobia, de tal forma que los organizadores se vieron obligados a suspenderlo y a llamar a la Policía.

Erika, que había sido la moderadora, sufrió todo tipo de amenazas e insultos.

Probablemente la estarían entrevistando acerca de lo sucedido, supuso Bodil. Los medios mostraban mayor interés aún, ya que varios líderes políticos habían participado en el debate y el altercado figuraba en todos los titulares. El director del periódico fue quien se encargó de responder a las preguntas sobre lo ocurrido esa mañana, y sus declaraciones se retransmitieron en diferentes canales de televisión. Todo canal que se preciara emitía en directo desde Almedal, y Bodil había presenciado y visto cómo su jefe pasaba de un escenario a otro para ser entrevistado.

Erika tenía la mañana libre, ya que debía reservarse para el gran debate político que se emitiría también en directo por televisión esa noche.

Al cabo de media hora Erika seguía sin aparecer y Bodil acabó perdiendo la paciencia. Llamó al hotel varias veces para pedirles que fueran a buscarla a la habitación, pero no había contestado nadie.

Avisó a los colaboradores más allegados de que iba a ausentarse durante un rato, salió a toda prisa a la calle transitada más próxima e hizo un gesto con la mano para parar un taxi. Pasados diez minutos llamó a la puerta de la suite de Erika, acompañada por un muchacho de recepción que había tenido la amabilidad de acompañarla. Del pomo colgaba el aviso de «No molestar».

Tras unos instantes sin ningún tipo de reacción, el recepcionista sacó la tarjeta, la introdujo en la ranura y la puerta se abrió automáticamente con un clic metálico. Se encontraron con una

salita que estaba sin amueblar y una escalera empinada que conducía al piso de arriba.

—¡Hola! —exclamó Bodil—. ¿Erika?

No hubo respuesta. Así que se dieron prisa en subir las escaleras.

—Pero ¿qué cojones...? —se le escapó al recepcionista. Unos segundos después Bodil entendió por qué.

Erika estaba tirada en el suelo de piedra, con la melena oscura y voluminosa suelta. Los ojos bien abiertos miraban al techo. Los brazos, que reposaban por encima de la cabeza, se asemejaban a las alas de un ángel. Llevaba un traje impecable, aunque el cuello de la blusa estaba hecho añicos, y calzaba unas sandalias de cuña. Tenía la cara rígida y los labios pintados de rojo, como siempre. Era evidente que se había arreglado para ir a trabajar, pero entonces algo había sucedido.

El recepcionista se inclinó para tomarle el pulso y se giró hacia Bodil, que permanecía inmóvil mirando fijamente a la mujer tirada en el suelo.

—Me temo que... su amiga ha muerto.

Bodil soltó un grito sin saber si le había salido la voz.

Agosto, once meses antes

El otro día fui a dar un paseo en bici después del trabajo. Tomé la carretera principal, pasé por la antigua fábrica de azúcar antes de salir del pueblo y poco a poco me adentré en la alameda que desemboca en la Hacienda Roma. Aparqué la bici delante del restaurante y di una vuelta a pie por las tiendecitas de recuerdos, en dirección a las ruinas del monasterio que están justo al lado. Son tan hermosas, con esos muros recios y arcos medievales, y además se respira mucha tranquilidad. Durante el verano se representan obras de teatro en las ruinas del monasterio de Roma y justo ahora está *Macbeth*, la obra de Shakespeare, en cartel. De día las ruinas están abiertas, por lo que se puede pasear por allí sin que te echen.

Y justo cuando me detuve a admirar el sofisticado decorado del escenario, se acercó un joven con su perrito.

—Hola —me saludó con una sonrisa.

Le devolví el saludo y me agaché para acariciar al cachorrito que, con ansia, saltó a mis piernas. A pesar de que soy reservada y no suelo entablar conversación con extraños, aquel animal se veía tan entusiasmado que resultaba imposible ignorarlo. Y a mí me encantan los animales. Le pregunté cómo se llamaba el perro y cuántos años tenía, a lo que respondió que no era suyo, sino de un amigo y que solo lo sacaba a pasear para echarle una mano.

—Me llamo Felix, ¿y tú? —preguntó el chico.

—Sonja.

Noté que me había puesto colorada y, sin apenas mirarlo, me puse en cuclillas para poder darle palmaditas y mimos al pe-
rrito, que se puso a lamerme toda la cara.

—¿Estás de vacaciones?

—No, vivo aquí en Roma, estaba dando una vuelta en bici.

—Actúo en la obra, ¿la has visto?

—Yo es que no suelo ir al teatro.

No sabía qué decir, aunque trataba de buscar las palabras. Pero nos hicimos compañía un rato. Me contó que era de Es-
tocolmo y que se quedaba en la cabaña de los Nilsson todo el
verano. Los conozco, siempre se la alquilan a los actores invi-
tados que vienen al teatro Roma. Seguimos caminando uno al
lado del otro y me sorprendió que mostrara interés por charlar
conmigo. No estoy acostumbrada a relacionarme con otro
hombre que no sea mi marido, así que no dije mucho, más bien
lo observé. Es alto, casi dos metros, y tiene el pelo de color ce-
niza. Se había puesto bastante cera en el pelo y un peinado sin
definir le envolvía la cara. Sí, de esos peinados que llevan mu-
chos jóvenes hoy en día. Es muy atractivo. Parece que tiene la
cara suave, pero aun así denota personalidad. Creo que tiene los
ojos azules, pero no estoy segura. Quizá verdes. Después de un
rato me puse nerviosa al no saber qué decir. Me sentía incó-
moda por estar allí a su lado como si nos conociéramos. Y en
realidad no nos conocemos de nada. Además, es mucho más
joven que yo. Diría que tiene unos treinta años.

Cuando me despedí de él y me di la vuelta para irme, me
agarró del antebrazo y se puso delante de mí. Me bloqueó el
paso, se despidió sin más, como si quisiera retenerme, y me miró
a los ojos directamente. Era tan alto que tuve que doblar el
cuello para alcanzar a mirarlo. Entonces me sonrió, me dio un
corto abrazo y me dijo que esperaba que nos volviéramos a ver
pronto.

Desde que nos vimos por primera vez, sentí que existía algo especial entre nosotros. Sin poderlo entender, ya empezaste a cruzarte por mi mente en aquel momento. Si lo hubiera sabido, habría evitado volver a verte.

El policía Anders Knutas estaba en la comisaría, sentado detrás del escritorio de su despacho. Sentía desazón por las lágrimas que le ardían detrás de los párpados. Cargó la pipa para tranquilizarse. Justo había terminado de hablar por teléfono con Line, su mujer. O su exmujer, mejor dicho, al menos en un futuro próximo. A veces se derrumbaba cuando en un momento de lucidez llegaba a comprender que dentro de poco ya no estarían casados. Recordaba a menudo todo lo que habían hecho juntos durante tantos años. Había pasado con ella la mayor parte de su vida adulta.

La felicidad que sintió el día de la boda quedó tatuada en su memoria, y aún era capaz de revivir la sensación de emoción con la que se levantaron aquella mañana soleada de junio hacía veinte años. El verano estaba a la vuelta de la esquina, y les esperaba toda una vida por delante. Line estaba muy guapa, con el pelo cobrizo y aquel vestido blanco. Quizá todavía seguía amándola como entonces.

Posó la mirada en la fotografía enmarcada que permanecía durante todo el año en su sitio del escritorio. Line estaba abrazando a los niños. Los tres sonreían bajo el sol de la playa de Tofta. Recordaba muy bien el día en que sacó la foto. Era

domingo, se habían bañado, habían tomado el sol, y estuvieron de pícnic. Por la tarde, Nils se clavó un gancho de pesca oxidado y tuvieron que llevarlo al hospital.

Se le escapó una lágrima. Line y él habían compartido tantas cosas todos esos años... Los cumpleaños y las fiestas, los aprietos y los ahorros, la infancia y adolescencia rebelde de sus hijos, las reformas, la casa de verano que habían comprado, los viajes y las vacaciones, los desayunos cada mañana, las enfermedades, las épocas malas y buenas de la vida. Todo lo que forjaron juntos los había convertido en una familia. ¿Y qué era lo que había quedado? Aún recordaba la imagen de cuando Line dio a luz. La historia que compartían era como un árbol de la vida, ¿acaso eso no significaba nada?

A veces reflexionaba sobre el pilar de la familia en sí, las promesas que se hicieron, la decisión de estar juntos para toda la vida. ¿No tenía ningún valor en absoluto? El hecho de que se aferraran el uno al otro sin pensar en las necesidades propias de cada uno, en los ligues esporádicos y sin importancia, en la rutina y en las épocas en las que se sentían desgastados. Él y su mujer llevaban más de dos décadas juntos. Eso era mucho tiempo. Tenía cincuenta y ocho años y Line era tres años más joven. Había sentido la tranquilidad de que se tendrían mutuamente cuando envejecieran.

Fue Line quien dio el paso para pedir la separación. Consiguíó un trabajo como matrona interina en el hospital Rigs de Copenhague y, como echaba de menos su país, aprovechó la oportunidad. Alquiló un apartamento y se mudó seis meses para probar. Pero al parecer iba a ser algo permanente. Confesó que no estaba a gusto con la situación. Sentía que él apenas prestaba atención a lo que ella necesitaba y deseaba. Pero ¿era eso en realidad lo que le ocurría? Se había hecho esa pregunta muchas veces.

Los pensamientos deprimentes se interrumpieron cuando sonó el teléfono. Era Erik Sohlman, el técnico de la Policía Científica, a quien le notó la voz alterada desde el otro extremo de la línea.

—¿Qué hay? Estoy en el hotel Tott. Hemos encontrado a una mujer muerta dentro de una suite. Una periodista llamada Erika.

—¿Erika? —repitió Knutas—. ¿Erika Malm, del periódico *Kvällsbladet*?

—Exacto. Al principio no logré distinguir si se trataba de una muerte natural o no. Sin embargo, me encontré la habitación desordenada, como si se hubiera producido una pelea dentro, y acabo de ver que tiene algunas heridas, por lo que hay algo que no cuadra. Mis sospechas apuntan a que la han asesinado.

Buenas –saludó Sohlman cuando Knutas entró en la suite del hotel Tott junto con su compañera de confianza, Karin Jacobsson–. Está todo un poco desordenado, pero no pasa nada porque vamos a moverla pronto, ya que los forenses no tienen tiempo de venir hasta aquí. Hay que llevarse el cuerpo al Instituto Anatómico Forense, aunque no podremos hacerlo hasta mañana. Supuse que queríais verla primero aquí.

–Te lo agradecemos –murmuró Knutas.

Cuando alcanzó a ver a la mujer que estaba en el suelo, la reconoció enseguida. La había visto en varios programas de televisión e incluso le sonaba de los titulares del *Kvällsbladet*. Ver a una mujer tan hermosa y llena de vida muerta en el suelo era algo irreal. Qué pena, pensó. Con lo joven que era.

Intercambió una mirada con Karin antes de agacharse a examinar el cadáver. La víctima y ella debían de ser de la misma edad.

La cara de Erika Malm estaba enrojecida, tenía los ojos abiertos y sin brillo, los labios pintados, aunque el carmín ya se le había secado, y estaban un poco cortados. En una de las comisuras podía percibirse una especie de espuma de un blanco rosáceo. Llevaba una falda muy elegante hasta la rodilla a juego con una chaqueta fina. La blusa blanca se había rasgado por el escote y tenía el pelo despeinado.

—¿Causa de la muerte? —preguntó Knutas sin apartar la vista de la mujer tirada en el suelo. Con cuidado le tocó la frente. Estaba fría.

—Primero supuse que la habían estrangulado, pero ahora me inclino a pensar que ha muerto asfixiada —respondió Sohlman—. Mirad esto.

Se agachó e introdujo los dedos entre los labios de la víctima. Karin se dio la vuelta y salió a la terraza. Los cadáveres le producían malestar, y más aún si se trataba de una víctima de su edad.

—¿Ves la espuma sanguinolenta que tiene en la boca y en la nariz? Por otro lado, tampoco hay lesiones en el cuello. Tiene la piel levantada cerca de la nariz y las orejas, lo que indica que ha muerto por asfixia, tal vez fue con una almohada. El agresor la estaría ahogando con fuerza a la vez que ella luchaba contra él.

Sohlman alzó la vista a la habitación y continuó.

—Se ve claramente que el asesinato se ha producido después de una pelea.

Knutas miró hacia arriba. Justo entonces se percató de que había una lámpara tirada en el suelo, una silla volcada y cristales rotos.

—¿Cuánto tiempo dirías que lleva muerta? —le preguntó.

El técnico de la Científica levantó el brazo.

—Como ves, el cuerpo está rígido. Ya está en la fase *rigor mortis*, pero no se ha endurecido del todo; por lo tanto, diría que lleva muerta entre tres y ocho horas. Es difícil precisarlo.

—Entonces, ¿quieres decir que murió esta mañana entre las siete y las once o doce del mediodía?

—Eso parece —respondió—. ¿Ves esto? Los moratones de los brazos demuestran que opuso resistencia. Además, tiene varias uñas rotas con restos de piel dentro.

—¿De dónde viene el agua? —preguntó Karin mientras asomaba la cabeza desde la terraza. Había charcos enormes por todo el suelo. Sohlman se levantó y se fue a abrir la puerta del baño.

—Mirad esto.

Knutas y Karin se pusieron al lado de él, debajo del umbral. Observaron que el agua rebosaba por la bañera y que parte del suelo estaba encharcado.

—¿Quizá iba a darse un baño pero cambió de idea? —sugirió Knutas—. Pero si va vestida y arreglada...

—Pues a saber —dijo Sohlman mientras se rascaba el pelo—. No tengo ni idea, indagaré en ello más tarde.

—¿Qué otras huellas tenemos? —preguntó Karin.

—Ya sabéis cómo son las habitaciones de hotel, están repletas de huellas de gente, aunque he visto ahí encima unas cuantas copas de vino y platos usados. Hay pelos en la cama que obviamente no son suyos y también manchas de semen. Sin duda, estaba con un acompañante en la habitación.

—Recogeremos las declaraciones de los testigos cuanto antes —dijo Knutas. Miró el reloj—. Dentro de una hora empieza la reunión de la jefatura de investigación en la comisaría. Pásate si puedes escaparte de aquí un rato.

Knutas lanzó una última mirada a la víctima y se marchó por las escaleras a toda prisa.